

EL NUESTRO:

ORIGINALIDAD Y COMPROMISO

LLEGO tarde a decir que nuestro Presidente nos está resultando muy novedoso, muy original, y que por eso lo hemos mirado durante sus dos primeros meses de gobierno con expectante curiosidad. Este es un hecho, pero no lo es, por escapar a la comprobación y quedar librado a la adivinanza, este otro: ¿es natural, inconsciente, temperamental esa originalidad? ¿Es, por el contrario, deliberada, o quizás una mezcla de naturalidad e intención? Y hay un tercer problema: determinar si los resultados, inmediatos y lejanos, de esa originalidad serán favorables o adversos para el Presidente y para la Nación.

TÓMESE como ilustración una de sus últimas hazañas (no la última, porque se suceden una tras otra): conversando en su oficina de Palacio con unos diputados franceses, brotó casualmente el tema de los murales de Diego Rivera. El Presidente les preguntó si los habían visto ya, y al decirle que no, los invitó a mirarlos juntos. Se levantó de su asiento, caminó un largo trecho hasta plantarse frente al gran fresco de la escalera principal de Palacio. Les explicó cada una de las escenas recogidas por el pintor, les recomendó que vieran las pinturas de los corredores, se despidió, y reanudó su trabajo como si todo aquello fuera la cosa más natural del mundo.

Puede estarse seguro de que el señor Pompidou no hubiera re-

cibido a los diputados mexicanos, y que, de hacerlo, lo habría hecho en pie para conversar con ellos dos minutos y despedirlos cortés pero ceremoniosamente. (Esa fue mi experiencia personal con el presidente de Gaulle.) A don George jamás se le hubiera ocurrido si podía, y menos que debía, enseñarles el Elysée (donde también hay una que otra cosilla digna de enseñarse). Es más: dos presidentes nuestros, en apariencia mucho más espontáneos, Alemán y López Mateos, nada semejante hicieron durante sus respectivos reinados.

¿Qué impresión produjo en los diputados franceses ese gesto? Puedo decirlo con seguridad, pues uno de ellos (cuyo nombre, por supuesto, callo) me la confió: de sorpresa, pero de gratisima sorpresa, subrayó mi interlocutor. Y esta otra: el presidente Echeverría parece estar "fieramente" orgulloso no ya de Rivera, sino de México entero, de su historia toda. ¿Y en nosotros los mexicanos? Sé que no escasean paisanos míos que aconsejan tratar al extranjero con una cortesía muy medida, de hecho, severa, precisamente por creer que nosotros, en el mejor de los casos, no recibiríamos sino ese trato. Juzgan, pues, expuesto excederse. El hecho es que la experiencia ha demostrado que tenemos una fama universal de corteses no por serlo fría, glacial, sino efusivamente corteses.

Parece, pues, que en esta originalidad el Presidente ha salido ganando por todos lados sin perder en ninguno.

PERO nuestro Presidente ha tenido otras originalidades cuyos resultados lejanos no resulta fácil apreciar desde ahora. Un día, numerosos ferrocarrileros le presentan una queja espeluznante; al siguiente, hacen igual los trabajadores de la rama textil; en el

tercero, unos ejidatarios, y así sucesivamente.

La originalidad no consiste, por supuesto, en prestarse a recibir tales quejas, pues es archisabido que el ejidatario y el obrero, teniendo tan cerca al comisario ejidal y al líder sindical y tan lejos a Dios, optan por acudir al Presidente, juzgándolo poco menos que omnipotente. La originalidad radica en que nuestro Primer Mandatario haya permitido, aun provocado, que se dé a semejantes quejas una enorme publicidad, de modo que todas ellas pasaron a la primera plana de los diarios. Así, a más de cobrar una dimensión oficial, suscitan réplicas y contrarréplicas, en suma, un debate público.

Esta originalidad le ha ganado ya la fama de ser un Presidente que "sabe escuchar" y que despierta la suficiente confianza para que los agravios populares no sigan sepultados en el silencio y en el disimulo, sino que afloren a la luz del día para ventilarse a la vista de todo el mundo. Ganancia sólida, indudable, pero, por desgracia, transitoria. Imposible que se le oculten al Presidente y a la opinión pública que esos obreros y campesinos le presenten su Cahier de doléances no con el sentido que tendría gravar ese Memorial de Agravios en una cinta magnetofónica y archivarla. Se lo llevan para que les dé satisfacción, para que resuelva sus problemas.

¿Puede y debe hacerlo? Su margen de maniobra es mayor en materia ejidal que en cuestiones obreras. Por eso ha declarado sabiamente que no intentará inmiscuirse en asuntos internos de los sindicatos. Al mismo tiempo, más de una vez ha predicado en tono convencido a los obreros que si en algún lugar debe practicarse una democracia abierta, es en los sindicatos. Por desgracia, hasta ahora la prédica no ha producido, no ya un cambio, pero ni si-

quiera un murmullo de que lo habrá. Subsiste, sin embargo, la esperanza de que ocurra.

LA MAYOR originalidad fue la recia embestida, hecha al instalar la Comisión Nacional del Azúcar, contra los responsables del desastre de nuestra industria azucarera. El gesto, los ademanes, el tono, el vocabulario, no deslucirían al comparárseles con el J'accuse de Zolá o las imprecaciones de Clemenceau en este mismo asunto del capitán Dreyfus. Quienes vieron por televisión el espectáculo, se conmovieron tan profundamente que al concluir salieron presurosos de sus casas para llevar a los vecinos la buena nueva: jamás se había visto a un Presidente hundir el dedo hasta el fondo de la llaga, ni un índice de fuego que achicharra tanta carne viva de pecadores.

Esta originalidad, sin embargo, ha comprometido inevitablemente a nuestro Presidente, pues sólo si endereza de verdad la industria azucarera podrá la Historia darle validez a sus dictorios. Pero nadie puede esperar que sea de otro modo.